



ACADEMIA HISPANOAMERICANA DE DOCTORES

DISCURSO DE INGRESO PRONUNCIADO POR EL

ILMO. DR. D. RICARDO MEJÍA FERNÁNDEZ

EN EL ACTO DE INGRESO COMO ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

EN BARCELONA, EL DÍA 17 DE ENERO DE 2025

Ilustrísimo Sr. Presidente y miembros de la Junta Directiva, estimados académicos, autoridades, colegas, amigos:

Comparezco hoy ante ustedes con una profunda emoción y un sincero sentimiento de gratitud con motivo de mi ingreso como miembro correspondiente en la Academia Hispanoamericana de Doctores.

Este momento, que quedará sin duda grabado en mi memoria, representa mucho más que un reconocimiento institucional: constituye, para mí, una llamada renovada a la responsabilidad intelectual, al compromiso ético y al servicio de la verdad.

Permítanme, en primer lugar, expresar mi más cordial agradecimiento a los representantes de esta ilustre Academia por la elección y el nombramiento que han tenido a bien concederme. Recibo este honor con humildad, consciente de la altura de quienes forman parte de esta corporación y del legado intelectual que la sustenta. Aceptarlo no es solo motivo de satisfacción personal, sino también de compromiso: el compromiso de estar al servicio de una tradición que promueve el diálogo entre saberes, culturas y disciplinas en el ámbito hispanoamericano.



Deseo asimismo manifestar mi gratitud al doctor Óscar Yecid Aparicio Gómez, presidente de la Academia, por su atención y su consideración hacia mi trayectoria académica e intelectual. Sus palabras, su acogida y su confianza, tanto tuyas como de su equipo, no solo me honran, sino que me animan a seguir trabajando con mayor dedicación, si cabe, en el ámbito de la investigación y la docencia. En tiempos donde el conocimiento corre el riesgo de fragmentarse o diluirse en la superficialidad, gestos como el tuyo refuerzan la convicción de que la excelencia académica y el rigor intelectual siguen siendo valores imprescindibles.

No puedo dejar de subrayar el carácter profundamente simbólico del lugar que acoge este acto. La celebración de esta ceremonia en la Basílica de la Sagrada Familia confiere a este evento una solemnidad singular. Nos encontramos en uno de los espacios arquitectónicos y espirituales más significativos del mundo, en pleno corazón de Barcelona, bajo la inspiración del genial arquitecto Antoni Gaudí i Cornet, a quien no en vano se ha llamado el “arquitecto de Dios”.

Este templo, aún inacabado y sin embargo profundamente elocuente, es un símbolo vivo de la convergencia entre fe, arte y razón. Sus formas, sus luces, su verticalidad nos hablan de una aspiración que trasciende lo meramente técnico: la aspiración a lo absoluto, a aquello que da sentido último a la existencia humana. En este contexto, nuestro acto adquiere una dimensión que va más allá de lo académico, para situarse también en el horizonte de lo espiritual y lo humano en su integración y plenitud.

Ingresar en la Academia en este lugar nos recuerda que el conocimiento auténtico no puede reducirse a la acumulación de datos o a la especialización fragmentaria. Como bien sugiere la obra de Gaudí, el saber verdadero es integrador, armónico, abierto a la trascendencia. Es un saber que une, que eleva, que invita a contemplar la realidad en su totalidad.



En este sentido, la Academia Hispanoamericana de Doctores se presenta como un espacio privilegiado para el encuentro entre disciplinas, tradiciones y perspectivas diversas. En ella se hace posible un diálogo fecundo entre ciencia, filosofía, teología, humanidades y tecnología, en un momento histórico en el que tal diálogo resulta más necesario que nunca.

Vivimos en una época caracterizada por avances extraordinarios en el ámbito científico y tecnológico, pero también por profundas incertidumbres en el plano antropológico y ético. Ante este escenario, la tarea del académico no puede limitarse a la producción de conocimiento especializado; ha de implicar también una reflexión crítica sobre el sentido de ese conocimiento y sus implicaciones para la vida humana.

Es aquí donde cobra especial relevancia la vocación que compartimos quienes formamos parte de esta institución: la vocación a la sabiduría. Una sabiduría que no se opone al rigor, sino que lo presupone y lo eleva; una sabiduría que no rehúye la complejidad, sino que la abraza; una sabiduría que busca, en última instancia, la verdad.

Mi incorporación a esta Academia no hace sino formalizar un compromiso que ha estado presente desde los inicios de mi trayectoria: el compromiso con la búsqueda sincera de la verdad, con el ejercicio honesto del pensamiento crítico y con la transmisión responsable del conocimiento.

La docencia, en este contexto, adquiere un papel fundamental. Enseñar no es solo transmitir contenidos, sino acompañar procesos, suscitar preguntas, despertar inquietudes, conducir a otros hacia el descubrimiento del porqué más profundo que rige nuestras vidas.

Creo firmemente que la educación auténtica no se limita a formar profesionales competentes, sino que aspira a formar personas capaces de pensar, de discernir, de amar la verdad y de comprometerse firmemente con ella. En este sentido, la tarea del académico es también, en



cierto modo, una tarea vocacional: una llamada a servir al bien común a través del conocimiento singularmente sapiencial.

Permítanme concluir evocando las palabras de uno de los grandes poetas de esta tierra, Joan Maragall, cuya voz sigue resonando con fuerza en nuestra tradición cultural. Sus versos expresan de manera luminosa esa búsqueda de sentido que hoy queremos renovar:

“Si el mundo es ya tan bello y se refleja,
oh, Señor, con tu paz en nuestros ojos,
¿qué más nos puedes dar en otra vida?”

Que estas palabras nos inspiren a seguir buscando esa verdad que ilumina, que da vida y que nos une más allá de nuestras diferencias.

Muchas gracias.